

LÓPEZ DE AYALA, ADELARDO (1829-1879)

AMORES Y DESVENTURAS

Leyenda

Fragmentos

*Llama rabioso a la dormida muerte,
que a la voz del pesar nunca despierta.
(Del Autor.)*

INDICE:

I

La corte de Don Rodrigo

II

Florinda

III

Don Rodrigo

IV

El Conde Don Julián

V

Don Rodrigo consulta su horóscopo

VI

Florinda después del pecado

VII

Don Rodrigo y Florinda

VIII

El festín

IX

Arenga de Don Rodrigo

I

La corte de Don Rodrigo

Sediento el hombre por gozar se afana;
y el Infierno, que goza en sus dolores,
la carrera del vicio le engalana
con vivas fuentes y fragantes flores.
Lánzase entonces la flaqueza humana
en pos de los placeres seductores,
y, al tocarlos, encuentra de repente
la flor marchita y sin caudal la fuente.

Oye después la voz de su conciencia,
que en sí propia ejercita la venganza;
aplacarla pretende en su demencia,
y a nuevo crimen con furor se lanza.
El último fulgor de su inocencia
se apaga con la luz de la esperanza,
y en vano entonces reconoce el triste
que no hay placer do la virtud no existe.

.....

Llena de espanto, asolación y miedo
arrastra la existencia de este modo
la regia Corte, la imperial Toledo,
hermosa perla del imperio godo.
Perdieron ya sus hijos el denuedo
que admiró en otro tiempo el mundo todo,
pues del pecado la tenaz carcoma
las fuerzas quita y la arrogancia doma.

.....

Ave ninguna de plumaje vario
alza su canto en la ciudad maldita;
tan sólo el cuervo triste y funerario
sobre el Palacio lúgubre se agita.
Del negro cielo al monte solitario
el rayo con fragor se precipita,
y a la luz del relámpago brillante
muestra el pavor su pálido semblante.

No ya la antigua fe, no la postrera

esperanza a los míseros socorre;
aciago viento la imperial bandera
rabioso agita en la almenada torre.
Por la escabrosa y árida ribera
crecido el Tajo ceniciento corre,
y, olvidando su música sonora,
en son medroso entre las peñas llora.

.....

II

Florinda

Presta la noche misterioso encanto
a la virgen sencilla y candorosa
que, dando treguas al copioso llanto,
en dulce sueño lánguida reposa.

Dios en el cielo con placer la mira;
la osadía se turba en su presencia,
y, en torno al lecho, silencioso gira
el ángel del amor y la inocencia.

Yace Florinda en plácido abandono,
dando al olvido en su lujoso lecho,
el vivo amor que con mortal encono
constante hiere su inocente pecho.

¡Ángeles puros, que en sabrosa calma,
cuando el sueño tranquilo nos sorprende,
allá en el cielo consoláis el alma,
que del cuerpo mezquino se desprende!...

¡Dad consuelo a la suya dolorida;
prestad valor a su esperanza muerta,
y hacedla tan feliz allá dormida
como es desventurada aquí despierta!

Están en pabellones levantadas
las vistosas cortinas de su lecho...

.....

.....

Su hermoso brazo cuelga descuidado,
y su negro y finísimo cabello

con dulzura acaricia, desatado,
la pura nieve de su ebúrneo cuello.

Lámpara triste en derredor destella
su luz, entre las sombras vacilante,
y el trémulo fulgor hace más bella
la hermosa palidez de aquel semblante.

Por su boca rosada y entreabierta
leve sonrisa silenciosa vaga,
que a otra vida su alma está despierta,
y divina visión su mente halaga...

.....
¡Quién pudiera, ¡oh Florinda sin ventura!
en el cielo dejarte adonde sube
tu virgen alma, que aun está más pura
que el perfumado aliento del querube!

Lleno el sensible corazón de pena,
cuantos tu noble muerte contemplaran,
en tu casta mejilla de azucena
una lágrima tierna derramaran...

.....
¡Tumba de honor y de triunfal reposo
tus célicos despojos guardaría,
y en cantos hoy de trovador famoso
tu dulce nombre resonar se oiría!...

III

Don Rodrigo

Entra Rodrigo inquieto y vacilante,
lleno de espanto y de congoja lleno,
mostrando en la fiereza del semblante
la guerra atroz que le devora el seno,

Giran sus ojos bajos y encendidos,
y le palpita el corazón tan fuerte,
que recela, al entrar, que sus latidos
adviertan a Florinda que despierte.

De aquella estancia lúgubre y sombría

tal vez oculto miedo le separa...;
mas un poder tan ciego allí le guía,
que otras mil veces, si saliera, entrara.

Consigo lucha por llegarse a ella
y el puro lecho profanar impío;
pero no osa mover la torpe huella,
e inmóvil queda como mármol frío.

Y gózase su vista, contemplando
el tenue movimiento, que le encanta,
con que el pecho, inocente respirando,
a intervalos las sábanas levanta.

.....
Se estremece la virgen, y él retira
de allí sus pasos rápidos e inciertos;
que más le asustan que de Dios la ira
los negros ojos de Florinda abiertos.

A su pesar detiénese en la puerta;
mira otra vez, y excita sus arrojos
el seno que Florinda, descubierta,
muestra desnudo a sus avaros ojos.

En ella fija su mirada ardiente,
sin poder de la estancia retirarse;
y por sus venas retemblando siente
un volcán encendido derramarse.

¡Ay! ¡Despierta, Florinda desdichada,
si hacer no puedes tu dormir eterno!
¡Levántate, infeliz; que sosegada
durmiendo estás al borde del infierno!

.....
IV

El Conde Don Julián

Lucerna antigua, sujeta
por eslabones de plata
cual sol pequeño ilumina
una magnífica estancia,
compuesta y enriquecida
con mil labores romanas,

que aún su dominio conservan
en los estrados de España.

Recostado en alta silla,
un caballero se halla,
y apoya sobre su mano
la altiva cabeza cana.
Inquietan su pensamiento
mil imágenes contrarias,
que repentinas pasando
le martirizan y halagan.
Vuela a Toledo su mente
en alas de la esperanza
que está en Toledo el tesoro
que más en el mundo ama.

De pronto negra sospecha
la imaginación le asalta;
pierde el color de su rostro,
y rápido se levanta.
Inquietos sus ojos giran,
arruga la frente airada,
y toma su faz severa
atroz aspecto que espanta.
La estancia cruza mil veces
con inseguras pisadas,
cual si desechar quisiese
la imagen que le maltrata.

Huyendo de sus ideas,
abre una extensa ventana,
desde la cual se divisa,
al dulce ensueño entregada,
a Ceuta, de hondos recuerdos,
antigua ciudad de España,
que altiva peña parece,
del mar soberbio arrullada.

.....

V

Don Rodrigo consulta su horóscopo

¡Ay! ¡Desdichado hombre que procura
saber el fin de su existencia entera!...
¡Sólo pena verá, llanto y tristura!...

¡Tente, Rodrigo, y gozarás siquiera
la dicha de ignorar tu desventura!

¿Por qué, con mano temerosa y fuerte,
intentas atrevido
romper el velo de la negra suerte,
si al romperlo tu pecho sólo alcanza,
perdida para siempre la esperanza,
vivir llorando la espantosa muerte?

.....

VI

Florinda después del pecado

¿Es Florinda, tal vez, esa infelice
que, inquieta en la ventana
su bien aguarda y anhelante llora?

.....

¡Cuán demudada estás pobre Florinda!
¿Cómo pudiera distinguirme ahora
quien te haya conocido
un tiempo tan feliz y encantadora
en ese alcázar que tu tumba ha sido?
¡Cuando libre de amor tu puro seno,
por el jardín ameno
placentera vagabas,
tan bella, tan gentil, que parecías
mariposa ligera, si corrías,
hermosa flor, cuando parada estabas!

VII

Don Rodrigo y Florinda

DON RODRIGO (delirando)

-«Ya mis nobles soldados no obedecen

»al infeliz Rodrigo...
»¡La maldición del cielo va conmigo,
»y mi Dios y mi pueblo me aborrecen!
»¿Dónde estoy? ¡Oh furor! ¿Dónde me hallo?
»¿No veis, no veis, cómo me acosan fieros

»los bárbaros sin fe con quien batallo?
»¡A la lid, a la lid, nobles guerreros!...
»¿En dónde están mi lanza y mi caballo?
» ¡Oh, qué baldón! Mi gente me abandona...
»¡Oh, rabia! Triunfa el musulmán impío...
»Sí. ¿No lo veis? Por el sangriento río
»rodando van mi manto y mi corona.
»¡Cielos! ¡Piedad del infeliz Rodrigo!
»¿Qué culpa habrá en el mundo que merezca
»tan horroroso y bárbaro castigo?...
»¿Así el pavor vuestros arrojados doma,
»hijos de aquellos que con fuerte brazo
»arrancaron valientes un pedazo
»al negro manto de la altiva Roma?
»¡Seguid mis pasos!...
»Pero en vano, ¡ay triste!,
»los convoca a la lid mi saña fiera,
»y 'cobardes' los nombro;
»que, pisando rebeldes mi bandera,
»huyendo van con miserable asombro...»

.....
Con indecible quebranto
le contempla embebecida
Florinda, que le ama tanto,
aunque le cuesta aquel llanto
y el deshonor de su vida...

Las manos le pone atenta
en el pecho; y triste y loca,
mil veces su labio toca;
que darle la vida intenta
con el calor de su boca.

«¡Aliente tu corazón,
»Rodrigo! (inquieta le dice);
»que mi constante oración
»calmará la indignación
»de ese Dios que te maldice.

»¡Despierta! ¡Mi voz te llama!...
»que aún tienes, Rodrigo, aquí
»todo un pueblo que te aclama,
»y un corazón que te ama
»con violento frenesí».

De Florinda el dulce acento

volvió a Rodrigo la vida;
e incorporándose lento,
dice con voz conmovida,
cobrando el conocimiento:

-«No: mi sufrir es eterno,
»y todo auxilio es en vano,
»ángel amoroso y tierno,
»que en el borde del infierno
»me quieres tender la mano...

»¡Ah! Cuando veo tu aflicción,
»cruzan mi rostro encendidas
»lágrimas de compasión,
»en un yerto corazón
»por mucho tiempo escondidas.

»Corrió la ventura en pos
»de mi desdicha al abismo...
»¿Por qué, siendo justo Dios,
»hizo que fuese uno mismo
»el destino de los dos?...»

.....

VIII

El festín

Don Rodrigo en las orgías
quiere echar de la memoria
la nunca olvidada historia
de Florinda y de su afán.
Mas un recuerdo espantoso
de angustias llena su pecho,
de espinas su triste lecho,
y de amarga hiel su pan.

.....

Es el hombre que, cansado
de su criminal oficio,
seguir no puede en el vicio,
ni la virtud abrazar.
Pues cuando el alma gastada
al negro destino cede,
después, sin valor, no puede
volverse ni adelantar.

Queriendo lanzar del pecho
remordimientos roedores,
«Brindemos (dijo), señores...»
y al punto la copa alzó.
Todos gritaron: «¡Brindemos!»
alzando las copas de oro,
cuando lejano y sonoro
confuso estruendo se oyó.

Suspensas quedan las copas
en el borde de los labios y
y cada vez más distinto
se va el rumor acercando.

Ya claramente se escucha
en las puertas de Palacio
crujir los duros arneses
y relinchar los caballos...

Y ya en la estancia vecina
suenan atrevidos pasos,
del choque de finas armas
y espuelas acompañados.

Preséntase un caballero
con arrogante descaro,
y, alzándose la visera,
les dice: ¡Yo soy Pelayo!

DON PELAYO

-«¿Os hallo así, con criminal anhelo,
»halagando satánicas pasiones,
»cuando sólo debiérais, ¡vive el cielo!,
»tocar al arma y levantar pendones?

.....
»¿Acaso a vuestras locas liviandades
»no llega ¡oh vilipendio!
»el lúgubre clamor de las ciudades
»entre las rojas llamas del incendio?»
.....
.....

Arenga de Don Rodrigo

«¡A las armas, valor! Esos vestidos
»en arneses trocad, y el aire rompa,
»despertando los ánimos dormidos,
»la áspera voz de la guerrera trompa.

»Gritos de guerra y bélicos acentos
»al reino todo llevarán la nueva,
»conducida en las alas de los vientos...

»Y el rústico labriego sin tardanza
»dejará una vez más la mansa esteva
»y airado empuñará la dura lanza.

»¡Guerra y valor! ¡Ardientes adalides!
»¡La gloria excelsa del imperio godo
»ganóse un tiempo en las sangrientas lides!»

.....
Dijo, y ¡venganza! claman conmovidos
cuantos llenan las salas del palacio,
a las armas corriendo enfurecidos.

El ronco estruendo del soberbio Marte
vibra sonoro en el tranquilo espacio,
y, estremecida la española tierra,
parece repetir de monte en monte
la voz solemne de ¡venganza y guerra!

INVOCACIÓN

(Al ponerse a escribir el segundo acto de «Consuelo»)

Espíritu sutil que, condensando
varias especies de la mente inquieta,
sueles a veces ofrecer completa
la forma que el ingenio anda buscando:

hoy tus favores con afán demando.
¡Haz el milagro que hace la trompeta,
cuando al disperso ejército concreta
y lo muestra formado y peleando!

Sólo exige de ti mi pensamiento
un momento feliz que con vehemencia
coloque en su lugar cada elemento...

¡Y en verdad que no es floja la exigencia;
que muchas veces un feliz momento
suele influir en toda la existencia!